

El lector comprenderá que yo me extienda poco sobre ese nimio episodio del que no hablo aquí tampoco sino a título, precisamente, de buena, de bonísima diversión a una situación que iba convirtiéndose, por decirlo así, en impracticable, visto el estado mismo de las cosas, contrariado como adrede por acontecimientos crueles en verdad.

La marquesa de M. . . , a quien yo había conocido en casa de Nina, y que era una mujer notable por las dotes del espíritu y del corazón, que había sido cuando muy joven la amiga y en cierto modo discípula de Alejandro Dumas, padre, nos invitó a fines de julio a Sivry y su mujer, su hermana menor y a mí a pasar unos días en su castillo de M. . . , cerca de Argentan. Agra-

dable estancia en medio de una campiña de las más amenas, en punto a aguas y bosques. No hablo de la buena sidra mareante, ni de los villanos vecinos procesables, ni de las famosas carreras del Pin, que fueron las exteriores distracciones de aquella breve y para mí, sin embargo, larguísima vacación, en el transcurso de la cual nuestra amabilísima anfitriona multiplicó las giras en coche, las meriendas improvisadas, deliciosas por su buen humor y, también, por las picantes anécdotas que contaba con vena inagotable de un modo cautivador.

Sí; demasiado larga aquella, sin embargo, encantadora temporada en el campo, para mi impaciencia de novio, mis inquietudes de eventual guardia móvil, de los más patriotas ciertamente; pero, por si era poco, de los más malheridos entre todos los enamorados del mundo y en todo mi ser, en una palabra. Todos los días recibía y echaba al correo cartas que era cosa de nunca acabar. En aquellos momentos, sobre todo, era cuando intercalaba yo en mi prosa, frondosa y desbordante, *buenas canciones*, que no debían formar parte del volumen que quizá conozca el lector y que estaba en casa del editor, *Sobre siete llaves* (1), dispuesto a publicarse el mismo día que el príncipe Galaor hubiera

(1) *Sie*, en el original

de recibir la palma de su dulce martirio.

He aquí, por lo demás, completamente inéditos algunos de esos poemas mínimos, un poco vivos, ¿no es verdad?, para formar parte positivamente de un regalo de boda, pero muy en su punto creo y en la nota congruente con tan inminentes nupcias. De entonces acá he cambiado de "manera" y hasta de "maneras". Pero, a pesar de eso, experimento un placer que no sabría expresar al volver a encontrar después de tantos años entre el polvo, ahora recién aventado desesperadamente de "mis" cajones, largo tiempo los mismos, y entre las ruinas de mi memoria, esos pocos restos de un vasto naufragio de papelotes y recuerdos.

¡Oh!, la inocencia que adoro
Con toda el alma esperando
Que a tal ventura aun tan tímida
Se añada el placer ambiente.

Y, ¡oh!, ingenua, llegue el momento
En que al fin libres, mis manos,
La impotente armadura aferren
De la ropa y la tela fina.

Y al cálido fulgor de la lámpara
Intima de esa primera noche, luzca
Tu cuerpo ingenuo hacia el que rompa
El deseo mío que tu esperanza acecha.

C O N F E S I O N E S

Y en la noche nupcial vibre
Bajo mi beso infatigable
Tu carne, virgen ayer,
¡Y, por fin, gracias a Dios, nupcial!

Yo te enseñaré, mía,
Lo que saber no te hacía falta
Hasta este instante en que palpita
Tu hermoso cuerpo en mis brazos de Dios.

Tu carne tan delicada es blanca,
Como la nieve y la azucena.
Tu seno de venas de pervinca
Yérguese en dos arcos perfectos:

Cuanto a tu boca, rosa exquisita,
Está llamando a mi beso fiero;
Pero bajo el dobléz de tu camisa,
Más grato todavía ríe otro beso...

De humilde colegiala pasarás,
Estoy seguro y te lo fío,
Muy de pronto al bachillerato
En el arte de amar los ratos buenos.

Hablas de tener un niño
Y sólo a medias la receta tienes;
Besarnos antes en la boca
Es inútil, sin duda, para esa

Tarea de tener un niño.
Pero aunque sin razón hubiera de apenarse
El puro ideal que te reclama,

En este mundo mal urdido...

Preziso es además que seas mi esposa

Y que yo pruebe que soy tu marido.

Tal como ven escribía yo desde M... esos versillos, "de los que los dos últimos", ahora que en ello pienso, después de veinticuatro años, son, dicho sea entre paréntesis, de una estructura más que discutible; pero yo no pensaba entonces sino en mi objeto: prepararme una fácil y delicada noche de bodas lo menos penosa posible para los dos interesados. ¿Se los envié yo a ella exactamente como los he escrito? Aquí mi memoria flaquea; puede que atenuase yo acá y allá algunos rasgos demasiado característicos. Bueno está levantar algunos velos, pero ciertos miramientos son también de buena lid al par que de buena ley, en escaramuzas de esa naturaleza, como en las menos platónicas que habían de seguir, si las cosas lo permitían, de allí a poco.

Llegó, por fin, el día del regreso, pues el de la boda no andaba tan cercano. Pero, Dios mío, ¡cuántas aventuras todavía y cuáles, entre aquella copa divina y mis pobres labios secos de aguardar sin tregua! Sí; ¡cuántas aventuras imposibles, como dice la gente, en tan corto, en tan cortísimo espacio de tiempo!

¡Porque era la semana del gran momento! Los sucesos habían seguido su curso y continua-

ban camino adelante a paso agigantados. A todo lo largo del tren ómnibus que nos condujo, no vimos, lo mismo que en todas las estaciones, sino reservistas que se incorporaban. No se hablaba sino de la guerra que empezaba tan mal, y de traición (¡ya!), etc. Con lo que he dicho anteriormente, hay lo bastante para que el lector se forme idea de lo que yo sentía como enamorado y como... guardia móvil eventual cuando nos apeamos en esa triste "llegada" de la estación Montparnasse. ¿Ha observado el lector que todas las "llegadas" de las estaciones de París son tristes, hasta cuando, como nos ocurría a nosotros, no hay que sufrir los horrores de los consumos? Un aire de tristeza indefinida cerníase como un crespón en el crepúsculo rojo y negro de una bochornosa y amenazadora tarde de agosto, cargada de olores húmedos y de electricidad. La gente, que de ordinario circula despreocupada y más bien alegre a esas horas y en tales sitios, parábase junto a los quioscos de periódicos, y desde el coche de punto que nos conducía, hasta los confines de la orilla derecha, todo se volvía gesticular febril, dedos por el aire y meneos de cabeza... La Fama de cien bocas sofocaba sus mil voces, vociferadoras, más o menos sinceras, de buenas y malas noticias, todas, eso sí, alarmantes... para mí sobre todo. ¡Ah! ¡sólo faltaría "eso"!